

garos degüellan á las mujeres mahometanas, á los niños mahometanos, en cuanto una victoria rusa se dibuja en el horizonte. Por el contrario, las bandas mahometanas descabezan á las mujeres cristianas y á los niños cristianos, así que sucede algun encuentro favorable á los turcos. A tales bandas de sendos vengadores se unen los kurdos del Asia rusa, los bazi-bazouks del Asia turca, salvajes feroces con el crudelísimo instinto de la destruccion y del aniquilamiento uníversal. Los perros que aullan por las noches husmeando la muerte, los cuervos que entierran en sus insaciables vientres los cadáveres insepultos, tienen más humanidad que esos ejércitos exterminadores, semejantes á los genios del mal en las antiguas teogonías. No se pueden leer, sin que la conciencia se subleve y se mueva el estómago, las ferocidades de esos hombres, que arrancan los ojos, las entrañas, las lenguas á sus víctimas, para darles una muerte lenta. El mundo está indignado, y se diría que retrocedemos á los tiempos de los sacrificios humanos.

LAS CAMPAÑAS RUSAS.

Dicen las gentes que el telégrafo inglés engaña á Europa; otros dicen que el poder ruso aniquilará á Turquía; pero todos convienen hoy en lo esencial, en el quebrantamiento de ese ejército, que parecía destinado á inmediatas conquistas, y en la pérdida de esa campaña, que parecía desembocar triunfante en Constantinopla. El Pizarro de Rusia, el general Gurko, ha desandado su camino de victorias, y el paso de los Balkanes, que, seguido de éxito, pudiera contarse entre las hazañas mayores de la Historia, tendrá el carácter de grosera temeridad, debida pura y simplemente á ciega confianza, la cual sólo puede comprenderse y explicarse por el desconocimiento completo de las propias y de las ajenas fuerzas. Los rusos hacen cuanto pueden por ocultar sus desastres, y tienen unidos á sus esperanzas casi todos los corresponsales de la prensa europea.

Mas vemos con claridad todo aquello que materialmente palpamos, y palpamos que ninguna de las plazas fuertes sitiadas en Bulgaria se ha rendido; que ninguno de los cuerpos de ejército rotos en Plewna se ha rehecho en su moral ni se ha atrevido á progresar en su camino; que la empresa de Armenia está completamente perdida, y los avances por Asia, trocados en ignominiosas retiradas; que todos aquellos triunfos por la Rumelia, y tomas del camino férreo directo entre Andrinópolis y Constantinopla, han resultado ilusiones del deseo, y que la verdadera espina dorsal de la invasion, el ejército del gran Duque Nicolas, está amenazado por tres divisiones ya cercanas, y cuya conjuncion puede traer, no una derrota, un aniquilamiento de todas las fuerzas comprometidas por Rusia en esta desastrosísima aventura. Los únicos síntomas favorables que hasta ahora el invasor presenta se reducen á síntomas políticos, escasa compensacion á las heridas en su honor militar; cierta amistad de Alemania, muy importante; ciertas tendencias de insurreccion en Grecia, que no debiera pelear sino por su propia cuenta, ya que Constantinopla le pertenece de derecho y no puede pertenecer á los rusos; cierta insurreccion de Creta, que toma, como en el año 67, grandes proporciones, y cierta inquietud de Sérvia, que revela intrigas di-

plomáticas de Viena, dirigidas sin duda desde San Petersburgo y desde Berlin.

Todos cuantos han estudiado las guerras de Oriente convienen unánimes en las inmensas dificultades que tienen para Rusia. Llevadas á cabo en el siglo anterior con grande fortuna, creíase y esperábase igual resultado en el siglo presente. Mas en el siglo pasado los ejércitos rusos iban impulsados por el genio, por Pedro el Grande y por Catalina Segunda, miéntras en el siglo presente van impulsados por la inepticia política y la impericia militar. En el siglo pasado Turquía estaba completamente desorganizada, así por la trasformacion de su aristocracia, tan necesaria á su estabilidad interior, como por el aniquilamiento de sus genízaros, tan necesarios á su fuerza militar, y en el siglo presente Turquía se ha reorganizado. Y sobre todo, en el siglo pasado brillaban con mayor brillo la estrella y la fortuna de Rusia. Tres campañas capitales han tenido los rusos en estos últimos tiempos: campaña del año 28, campaña del año 45 y campaña del año 77. Y aunque la primera fuese en sus resultados la mejor, todas tres, militarmente consideradas, deben calificarse de adversas y desastrosas. En el año 28, la resistencia del Cuadrilátero y la formidable amenaza de Schuma obligaron á la paz de Andrinópolis, paz de algunos resultados, es verdad,

pero no de tantos y tan pingües como se habían propuesto y creído los rusos. En el año 44, la terrible esfinge mostró cuán grandes proporciones le daban el apartamiento y el silencio y el misterio. Y ahora, cuando la creíamos agrandada de nuevo por la emancipacion de sus siervos, y por la organizacion de su ejército, y por el apoyo de su aliada Alemania, héla ahí maltrecha á los piés de un ejército asiático y semi-salvaje como el ejército de Turquía. Bien es verdad que la campaña ofrece dificultades enormes: el Danubio corta siempre toda retirada; el cuadrilátero amenaza, sea cualquiera el camino que se tome, los flancos del ejército invasor; la tierra ocupada ofrece la desolacion con la miseria y exige una administracion militar de primer orden; la Dobrutzca tiene envenenados los aires, y la Bulgaria divididos de tal suerte sus habitantes, que las victorias de unos y otros resultan igualmente desastrosas para todos, por la crueldad de los desquites y de las venganzas; los Balkanes oponen una muralla natural, que prueba con cuán seguro instinto dejaron á un lado los bárbaros, los primeros invasores del Imperio romano, los Alpes tracios, para tomar las líneas de los rios y franquear los Alpes ilirios, camino mucho más seguro y mucho más fácil á sus conquistas y á sus victorias.

De todos modos, el prestigio militar de Rusia

sale quebrantadísimo de esta prueba terrible. Si en vez de la fuerza propia lo salva el socorro ajeno, de protector se convertirá en protegido, y harto sabemos cuánto en el mundo político pierden todos aquellos que tienen ó tutor ó tutela. Cuatro hombres han contribuido principalmente á enredar esta aventura, en que Rusia se ha metido sin medir sus propias fuerzas y sin calcular los probables resultados. Ha sido el principal ese Gran Duque heredero, opuesto en todo á su padre, como sucede en los imperios mayores, donde nunca falta un príncipe Cárlos para un Felipe II. Enamorado de la raza eslava y de sus ensueños y aspiraciones; mecido en las leyendas de la Santa Rusia y de Ivan el Terrible; discípulo de la escuela ortodoxa, que tiene su asiento en Moscou y su pontífice en Katkof; enemigo implacable de esa Inglaterra, que le disputa el dominio del Asia, y de esa Alemania, que pone sobre su fibra moscovita el áureo barniz de la cultura europea; el Gran Duque ha creído que para engrandecer su política é inaugurar su reinado no habia cosa como una campaña bendecida por la Iglesia, comparable á las antiguas cruzadas en poesía religiosa, y terminada por la elevacion de la cruz, que remata el Kremlin y corta los tristes cielos de la estepa en los espléndidos horizontes del Bósforo, y sobre la rotonda sublime de la basílica de Constan-

tino, devuelta al cristianismo oriental, y purificada por el Santo Sínodo de Rusia, que suele presidir ¡oh prosaico contraste! un general de caballería con látigo y espuelas. Y si el Príncipe heredero fué el principal motor, ha sido el segundo el Príncipe Gortchakoff. Cuentan que los laureles de Cavour no dejaban dormir á Bismarck. Pues los laureles de Bismarck no dejan dormir á Gortchakoff. El estadista italiano y el estadista alemán hicieron una Alemania y una Italia. Pues el estadista ruso hará algo más importante que esas unidades nacionales ya anticuadas: hará la unidad de una raza. Pasando sobre todas las dificultades filológicas, etnológicas, fisiológicas, geográficas, históricas, el ruso se declarará eslavo. En vano protestará Polonia contra esta usurpacion de su prosapia y de su sangre. En vano dirá que el ruso es mongol, tártaro, asiático, todo ménos eslavo, ese árabe de ojos azules, ese griego del Norte. En vano recordará que, si algo tiene de eslavismo la Rusia, es lo difundido en sus venas por las antiguas conquistas de Polonia, tan maldecidas hoy, tan desquitadas con esta larga opresion. En vano recordará que la parte más eslava de todo el Imperio es la llamada Rusita, ó pequeña Rusia, antiguo feudo polones. Todo esto no importa al ruso, que si fuera tártaro y mongol, sería hermano de los turcos, cuando quieren ser á toda costa de

pura estirpe y pura sangre europea. Y por tanto, declárase el ruso puramente eslavo. Y declárase eslavo el ciudadano de Bohemia, ilustrada por el martirio de Juan Hus y Jerónimo de Praga; el pastor de la Bulgaria, que apacienta sus ganados por las orillas del Danubio; el guerrero de la Croacia, y de la Dalmacia, y de la Transilvania, que tantas veces montó la guardia á las puertas de San Márcos de Venecia, y ajustició á los italianos y á los húngaros; el insurrecto de la Bosnia y de la Herzegovina; el ciudadano de la extinta República de Cracovia, como el súbdito de la descuartizada monarquía de Polonia; los soldados de la Montaña Negra, tan valientes, y los montañeses de la Albania, tan indóciles; una parte considerable de los rumanos y todos los serbios, aquellos que cayeron en el siglo décimocuarto, y en nuestro siglo se han levantado con el inmortal Milosch; estas várias gentes, para cuya exacta enumeracion se necesitaria el estro que ha ideado la *Iliada* ó la *Eneida*, deben reincorporarse al inmenso Imperio ruso en nombre de un principio verdaderamente progresivo y revolucionario, en nombre de la unidad de las razas. ¿Dónde se quedarían Cavour y Bismarck en comparacion de un hombre que une las razas como aquéllos unieron las provincias? Esta ambicion ha llevado á un estadista del temperamento dul-

ce, que todo el mundo reconoce en el canciller moscovita, á los azares de la guerra. El otro impulsor de tamaña empresa ha sido el Ministro de la Guerra Miloutine. Pocos saben que un general suele dirigir el Sínodo ruso, y mucho ménos saben que el Ministro de la Guerra brilla por sus cualidades, bien excepcionales, de economista. Miloutine, acompañado de un hermano suyo, muy sobresaliente y verdadero estadista, se empeñó en la emancipacion de los siervos, y por esta razon tuvo contra sí constantemente á los aristócratas y á los ortodoxos, es decir, á los reaccionarios de todas procedencias y colores. Cuando en los consejos privados defendia el derecho de los opresos, cohonestaba su humanidad en presencia del opresor, con la promesa y la esperanza de conseguir pronto un ejército de ciudadanos que conociera y amára la patria, en reemplazo del ejército antiguo, caído como las piedras inertes de un muro feudal. En las competencias por la emancipacion representó la extrema izquierda, y aconsejó la necesidad de convertir al siervo, no solamente en ciudadano, sino en propietario tambien, con el propósito único de forjar un grande ejército á la alta temperatura de una grande libertad. Victorioso en este generosísimo empeño, dedicóse á demostrar su tesis y á tener un ejército que la verificase en la experiencia, aún á los ojos de los

más reacios. Envanecido de su obra, ha intentado demostrar al mundo que tambien nacian al extremo Norte de Europa grandes organizadores de ejércitos. Como la gloria de Bismarck ha seducido al canciller de Rusia, la gloria de Moltke ha seducido al Ministro de la Guerra. Pero, sobre todo, el más perseverante y resuelto fué el general Ignatieff, embajador en Constantinopla. Ninguno con tantos motivos como él para conocer los pueblos orientales, puesto que luchó muchos años, con gloria para sí, sin provecho para su patria, en los campos asiáticos; ninguno con tantos motivos para conocer especialmente Constantinopla, puesto que llevó la voz de Rusia en las orillas del Bósforo, esa voz del desierto, que apagaba hasta el rumor del Océano, representado por la política inglesa. Y debia saber que no era tan fácil como á primera vista se creía, el derrotar á los turcos. Y debia comprender que ochocientos mil hombres, sobrios como espartanos, valientes como héroes, feroces como tigres, apoyándose en desfiladeros y en fortalezas tan formidables, opondrian verdadera resistencia. Y debia saber que una humillacion ante potencia tan debilitada como Turquía, era nefasta para un Imperio tan colosal como Rusia. Y por consiguiente, debia aconsejar mucha mesura en el proceder y mucha seguridad en el resultado ántes de tamaña em-

presa, cuyas incidencias podían retrasar un siglo los progresos pacíficos de su patria.

La prensa rusa reconoce que su país se halla gravemente amenazado, y recuerda con este motivo al Canciller y al Emperador de Alemania deudas antiguas de agradecimiento. Al comienzo de la campaña, cuando Rumanía se entregaba sin protesta, y el Danubio se pasaba sin resistencia, y los Balkanes parecían arrodillarse como un camello para que los montara Rusia, el ensoberbecimiento de la victoria llegaba hasta la amenaza; porque si algo odia el puro eslavo, es á su vecino el alemán. Pero hoy, que la fortuna se muestra tan ceñuda con quien se mostrará ántes tan plácida, comienzan los recuerdos de los antiguos servicios, como reclamos para una inmediata alianza. Y se puede notar á primera vista que el mundo oficial germánico se conmueve ya á favor de Rusia, mientras el mundo universitario, que tanto poder tiene sobre las corrientes de la opinión, persevera en su abierta oposición á los eslavos, esos bárbaros que rodean con sus odios al sacro alemán imperio. Lo primero que el Emperador ha hecho, á consecuencia de sus compromisos y de sus recuerdos, ha sido llamar la atención de Europa sobre los horrores perpetrados por los turcos, y omitir, con diplomática crueldad, los horrores perpetrados por los rusos.

Lo segundo ya parece mucho más fructífero. El Canciller del Imperio alemán y el Canciller del Imperio austriaco se han visto, y á consecuencia de esta entrevista, la entrada de Servia en campaña parece resuelta. De suerte que Austria, tan solicitada unas veces por Inglaterra, y otras con Inglaterra tan solicitante, se decide al cabo por tomar una parte en los despojos del Imperio turco, como captadora también de la herencia. Pero estos convenios suelen ser funestos á los débiles. También lo hizo en Gastein con Prusia para inmolarse á las provincias del río Elba, y cosechó la rota de Sadowah. También lo hizo con Francia para ceder el Veneto, y en vez de la alianza que buscaba, encontró el aislamiento y el abandono. Así como una guerra de Alemania con el Imperio austriaco suponía, tarde ó temprano, otra guerra con el Imperio francés, una guerra de Rusia con Turquía lleva fatalmente en sus entrañas otra guerra de Rusia con Austria. ¡Pobre Emperador austriaco! obligado á contentarse á los reaccionarios de puertas adentro en su palacio, y á los constitucionales de puertas afuera en su política; con el corazón en Viena y la cabeza en Pesth; viendo que hoy le cierran el Danubio, como ayer el Adriático; sin fuerzas morales para contener á sus ocho millones de germanos, que se van con la grande Germania; sin fuerzas ma-

teriales para contener á sus diez y siete millones de eslavos, que se van con su mayor enemigo, el panslavismo; necesitado de mediar entre dos opiniones tan conciliables como éstas: una que le pide su union á Turquía, y otra que le pide su union á Rusia; temerario si toma algun partido, imprevisor si no le toma; aquí amenazado por la separacion de Bohemia, y allá por la separacion de Trento; con más dificultades que ningun otro príncipe, y sin más esperanza, de inclinarse á un lado, que la amistad incierta de Inglaterra, y á otro, que la amistad homicida de Alemania y Rusia. Así es que todo el mundo se indigna ó se rie cuando estas dos grandes potencias, Austria é Inglaterra, hablan de su neutralidad y la encarecen con tantos encarecimientos, pues no pueden pasar en realidad por otro punto, como no se decidieran á esos raptos de audacia que salvan ó pierden definitivamente á los pueblos.

DESGRACIAS DE ORIENTE.

Desgraciadamente, la Europa oriental no se encuentra mejor que la Europa occidental. Por todas partes se extiende el malestar y la ansiedad. Los rumanos continúan doliéndose de la pérdida de Besarabia, y asustándose del crecimiento que toma Austria en los negocios de Turquía. Los búlgaros, recién salidos de la esclavitud, se encuentran como esos ciegos que acaban de recobrar la vista y que no tienen la medida de las distancias. Así, el príncipe á su trono elevado se apercibe á imitar otros régios ejemplos, y á irse, cansado de un radicalismo que no puede sufrir, de unas Cámaras que no puede entender, y de una Constitucion mediante la cual no puede gobernar. Los griegos, á su vez, se cansan de pedir á la implacable indiferencia turca una rectificacion de fronteras, indispensable á su seguridad, y jamas obtenida en continuas é interminables